

## O Nilo argentino: imaginários de deserto, água e mitologias

**Cecilia M. Argañaraz<sup>1</sup>**

**Instituto de Antropología de Córdoba**

**Resumo:** Este trabalho explorará uma comparação entre o Rio Negro (Argentina) e o rio Nilo (Egito) que se repete ao longo da primeira metade do século XX entre diversos atores ligados ao mundo da hidráulica. A partir de uma antropologia histórica dos “desertos”, rastreamos essa comparação e pretendemos descrever densamente o entrelaçamento de práticas e narrativas no qual essa comparação “faz” sentido. Um entrelaçamento no qual um rio remete ao outro, uma colonização a outra e um “deserto” a outro. Os modos de fazer e pensar a civilização desafiam, assim, as lógicas escalares, a ideia do “situado” e do universal.

**Palavras-chave:** desertos; antropologia histórica; Nilo; Rio Negro; Argentina.

ARGAÑARAZ, Cecilia M. **O Nilo argentino: imaginários de deserto, água e mitologias.** *Aceno – Revista de Antropologia do Centro-Oeste*, 12 (28): 23-44, janeiro a abril de 2025. ISSN: 2358-5587

<sup>1</sup> PhD/Doctora en Estudios Urbano-Regionales (Bauhaus Universität Weimar/Universidad Nacional de Córdoba). Licenciada en Antropología y Profesora en Historia (Universidad Nacional de Córdoba). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina). Becaria Postdoctoral por la Fundación Humboldt (Bonn, Alemania). Su trabajo se centra en pensar las relaciones con el agua y la aridez en perspectiva antropológica e histórica, trabajando con controversias vinculadas al uso del agua, las relaciones con los ríos en regiones áridas y el concepto de “desierto”. Se interesa particularmente por los actores institucionales, científicos y técnicos implicados en esas relaciones.

## El Nilo argentino: imaginarios de desierto, agua y mitologías

**Resumen:** Este trabajo explorará una comparación entre el Río Negro (Argentina) y el río Nilo (Egipto) que se repite a lo largo de la primera mitad del siglo XX entre diversos actores vinculados al mundo de la hidráulica. Desde una antropología histórica de los “desiertos” hemos rastreado esa comparación y pretendemos describir densamente el entramado de prácticas y narrativas en el cual esa comparación “hace” sentido. Un entramado en el cual un río remite a otro, una colonización a otra y un “desierto” a otro. Los modos de hacer y pensar la civilización desafían, así, las lógicas escalares, la idea de lo “situado” y lo universal.

**Palabras clave:** desiertos; antropología histórica; Nilo; Río Negro; Argentina.

## The Argentine Nile: imaginaries of desert, water and mythologies

**Abstract:** This work will explore a comparison between the Río Negro (Argentina) and the Nile River (Egypt) that recurs throughout the first half of the 20th century among various actors connected to the field of hydraulics. From a historical anthropology of the “deserts,” we have traced this comparison and aim to tightly describe the web of practices and narratives in which this comparison “makes” sense. A net in which one river refers to another, one colonization to another, and one “desert” to another. The ways of making and thinking civilization thus challenge scalar logics, and the notions of “situated” and “universal”.

**Keywords:** deserts; historical anthropology; Nile; Río Negro; Argentina.

Este trabajo surge a partir de una pregunta por los desiertos. Abordaremos estos espacios no como realidades físicas o unidades ecológicas claramente diferenciables, sino como construcciones. No tanto construcciones “sociales”, aunque lo son, sino montajes, asociaciones entre elementos de índole diversa, algunos más tangibles que otros: cemento, narraciones, genocidios, pluviómetros (LATOURET, 2005). Los desiertos han sido un otro conflictivo y necesario para las narrativas identitarias de occidente (SAID, 2007). Oriente es ese territorio árido, poblado de bárbaros y bereberes, de arena y también de imperios contruidos alrededor del manejo del agua y los “oasis”<sup>2</sup>. Es la tierra de los mitos de origen fundamentales del mundo moderno: el cristiano, por una parte, y el de la “Civilización”<sup>3</sup>, por otra. Ese “desierto” está hecho tanto de realidades tangibles como de relatos; es un montaje que lo convierte, más que en una condición de Oriente, en una creación de Occidente. La categoría de “desierto” así entendida forma parte de un imaginario, en el sentido de un conjunto de narrativas y prácticas que permiten habitar el espacio y el tiempo (MASSEY, 1999).

Dentro del variado conjunto que constituyen los imaginarios del desierto, un elemento es particularmente relevante para nuestra versión local de la modernidad: la “Conquista del Desierto”. Esta frase y el conjunto de prácticas que conlleva nos remiten a un momento muy específico de la historia argentina: la ocupación de la Patagonia mediante una operación militar, política, científico-epistémica, narrativa y, también, hidráulica.

La Conquista del Desierto tuvo lugar entre 1878 y 1885, con una campaña militar principal en 1879. Se realizó bajo el auspicio del primero ministro de Guerra y luego presidente de la Nación, Julio Argentino Roca. Los pueblos indígenas de las actuales provincias de La Pampa, Neuquén, Mendoza, Río Negro y Chubut fueron despojados de sus tierras, y o bien perecieron en batalla, o bien fueron obligados a vivir en condiciones tales que obligan a considerar este proceso como un genocidio: los “salvajes” o “bárbaros” indígenas fueron llevados a vivir a museos, para ser expuestos y trabajar como personal de limpieza; los niños fueron ofrecidos a familias bonaerenses como personal de servicio; un gran número murió en prisión, y aquellas comunidades que lograron sostenerse como tales fueron obligadas a vivir en reservas.

Pero la Conquista del Desierto dependió no sólo del despliegue de dispositivos militares, sino también epistémicos. Es ampliamente conocido el rol jugado por la llamada “generación del ‘37” en la creación de una literatura que crea la oposición Civilización-Barbarie, cuyo máximo exponente es quizás el *Facundo*, del luego presidente Domingo Faustino Sarmiento (1845). A ellos sucede (en gran medida bajo el auspicio de este último) una generación de científicos dedicados a sistematizar, muestrear, domesticar y convertir en “conocimiento científico” las

<sup>2</sup> El término “oasis” está entramado en la misma red que el de “desiertos”, tema que sería motivo de otro artículo. El oasis opera como un “bastión de la civilización” desde el cual es posible combatir al desierto. Una versión particularmente potente de la narrativa civilizatoria asociada a los oasis, con vigencia hasta el presente, puede hallarse en el caso de la ciudad de Mendoza, Argentina. Ver Escolar y Saldi (2017).

<sup>3</sup> El uso de comillas en este trabajo presenta una ambigüedad que no hemos podido evitar: por un lado, señala las categorías que se quiere poner en cuestión (a veces nativas, a veces propias de los investigadores o de nuestro mundo); por otro, indica las frases textuales y categorías nativas.

llamadas “riquezas de la nación”: un inventario de seres naturales destinado tanto a los naturalistas como a potenciales inversionistas, locales o extranjeros.

En la misma línea, cabe destacar que antes, durante y luego de la Conquista del Desierto se sucedieron una serie de expediciones científicas en gran medida destinadas a sistematizar “las riquezas del país”: el mundo natural era catalogado y muestreado, mientras el cultural se hacía desaparecer para producir un “desierto” factible de ser ocupado por la Civilización. Una segunda etapa de este proceso la constituye la hidráulica: apenas concluido el avance militar, comienza un proceso de colonización agrícola, especialmente centrado en el valle del Río Negro, considerado como el más “viable” de los territorios incorporados. En coincidencia con un proceso de escala nacional, el Estado emprende la “doma de los ríos” argentinos en las primeras décadas del siglo XX. Entre ellos, el Río Negro.

Los desiertos pueden ser estudiados de manera muy efectiva si nos ocupamos del agua, de los discursos acerca de su escasez, de las prácticas asociadas a su gestión y distribución, de sus mitologías y sus lógicas (GEERTZ, 1972). Queremos proponer aquí que, además de estos factores, es posible estudiar los imaginarios que rodean al desierto a partir de las prácticas de un grupo social muy específico que se ocupa del agua: los ingenieros hidráulicos.

Estos sujetos constituyen el centro de una investigación más amplia, planteada como una antropología histórica de los imaginarios sobre el desierto en Argentina, y centrada particularmente en actores “técnicos”: ingenieros y científicos, a principios del siglo XX. En la exploración documental emprendida, apareció una pista (*sensu* GINZBURG, 2010) cuyo rastreo se presenta aquí: una comparación “nativa” entre el Río Negro y el Nilo, que da nombre a este trabajo.

Esta comparación nos ofrece una puerta de entrada para desplegar los sentidos que, para los ingenieros de las primeras décadas del siglo XX, revistió su propia práctica. Sentidos que, intentaré demostrar, se han permeado hasta nuestros días porque forman parte de un imaginario geográfico, de un conjunto de narrativas, prácticas y lógicas de relación con los espacios y con el tiempo, que siguen en gran medida vigentes.



**Figura 1** – Mapa ilustrando la ubicación del Río Negro. En la ampliación se aprecian también sus afluentes, el Neuquén y el Limay (a la izquierda) y el Río Colorado (arriba), así como la riqueza hídrica de la región cordillerana. Fuente: elaboración propia en base a mapas del IGN (Instituto Geográfico Nacional).

## Los rastros

Este trabajo está compuesto por una serie de evidencias que buscaremos entramar y dotar de sentido a partir del análisis. Las evidencias son menciones al término “Nilo Argentino” recogidas en diversas obras que van refiriéndose la una a la otra entre los años 1879 y 1940. A ellas se suma una nueva aparición del término en un contexto contemporáneo (año 2021), que sugiere la posibilidad de proyectar al menos parte de la trama de sentidos que intentaré describir hasta nuestros días.

En estas páginas exploraremos un episodio particular de la historia científico-técnica nacional: en 1899, al redactar su exhaustivo informe sobre la cuenca del Río Negro, el ingeniero César Cipolletti<sup>4</sup> comparó a este río con el Nilo. El objetivo del informe era proponer un plan de obras hidráulicas para contener las inundaciones, regular los cambios de curso del río y facilitar la agricultura. El momento, las postrimerías de la “conquista del desierto”, por lo cual el informe recoge observaciones sociológicas bastante interesantes acerca de qué obras hidráulicas serán útiles para qué sujetos, más o menos deseables para el proyecto civilizatorio. En este contexto, la comparación de Cipolletti entre el Río Negro y el Nilo no pasó desapercibida. Fue retomada, por el contrario, en los discursos del ministro de obras públicas, Emilio Civit; luego, por otro ingeniero, Soldano (1910), y finalmente por Doléris (1912), prestigioso médico francés que hizo de la idea el título de un libro. Treinta años después, Oscar Murúa (1942) retomaría la analogía para desecharla primero y luego construir sobre ella una nueva comparación, más favorable aún para el Río Negro como exponente de la Civilización.

Estas cuestiones podrían resultar anecdóticas, sin embargo, proponemos pensarlas como síntomas (GINZBURG, 1995), como emergentes de un imaginario ampliamente extendido, que informa prácticas y organiza narrativas en torno a la noción de “desierto”. Un desierto que aquí aparece no sólo como *desertus* abandonado de los favores de la naturaleza o de la sociedad civilizada, sino teñido de un fuerte imaginario orientalista (SAID, 2007 [1975]), que puede rastrearse en Sarmiento (2005 [1845], por ejemplo), el cual en este contexto se vincula con una mitología de los orígenes de la civilización articulada en torno al Nilo (CHILDE, 1954; WITTFOGEL, 1957).

Haremos aquí una primera exploración de esas obras, de cómo aparecen el Nilo y el Río Negro en ellas, de qué discursos habilita esa comparación y de cómo podrían trazarse desde ellos las líneas de un mito más amplio. La antropología histórica puede ser una herramienta potente para acercarnos a la noción de desierto con nuevas preguntas, orientadas a comprender cómo se recrean las mitologías de la civilización, quiénes participan de los encadenamientos que las habilitan y qué distancias, heterodoxias o intersecciones proponen.

Es importante aclarar que la comparación entre los dos ríos reviste el carácter de práctica nativa. El abordaje de la investigación no es comparativo en el sentido metodológico del término, sino estrictamente un ejercicio de antropología histórica. El objetivo es comprender cómo sujetos específicos, los ingenieros que idearon algunos de los grandes proyectos hidráulicos nacionales entre fines del siglo

<sup>4</sup> César Cipolletti (1843-1908) fue un ingeniero hidráulico italiano, tempranamente reconocido por su trabajo en ese país. En 1888 fue contratado por el gobernador mendocino, Tiburcio Benegas, para realizar obras de riego en el río Mendoza. Sus observaciones y diseños dieron origen a obras que siguen operando hasta el presente. Trabajó en varias provincias argentinas antes de que, en 1898, bajo presidencia de J.A. Roca, le fuera encomendada la tarea de describir, diagnosticar y diseñar obras de riego para los ríos Neuquén, Limay, Negro y Colorado. Aunque su tarea es completada al año siguiente en el documento que aquí citamos, los conflictos limítrofes con Chile demoran el inicio de las obras. Cipolletti viaja a Italia y no será convocado de vuelta hasta 1908, falleciendo en el barco que lo traía al país.



XIX y principios del XX, se relacionaron con el entorno que planeaban modificar. Esta relación está compuesta de operaciones concretas, como pueden ser el explorar y el medir, pero también atravesada por modos de imaginar los territorios. Una imaginación influenciada por categorías y lógicas que hemos dado en llamar “modernas”, “coloniales”, “capitalistas”, entre otros, y que en este caso nos interesa más describir que adjetivar.

En los próximos apartados exploraremos una serie de documentos que son también momentos de esta apropiación sureña del Nilo. El primer documento son las *Memorias* del propio Cipolletti, un documento de 400 páginas a modo de informe, presentado al ministro de obras públicas Emilio Civit. El documento se concibe al mismo tiempo como un informe técnico de las características de la cuenca, un proyecto hidráulico y un “inventario de las riquezas de la Nación”, expresión que, sostenemos, coloca la labor de los ingenieros en una línea de continuidad con el proyecto epistémico, material y político de los naturalistas de fines del siglo XIX y la inscribe, por consiguiente, dentro del complejo conjunto que constituyen las operaciones de “conquista” del “desierto”.

Luego de explorar estas continuidades, avanzaremos sobre el destino de la comparación entre los ríos Negro y Nilo en la ingeniería nacional. La idea es retomada en el discurso de inauguración de las obras del Río Negro, por el entonces ministro de Obras Públicas E. Ramos Mejía. Aparece también en los trabajos de F. Soldano<sup>5</sup> (1910, 1921), autor de diversas publicaciones vinculadas a la hidráulica nacional. *El Nilo Argentino* se convierte luego en el título de un libro escrito por el médico Jacques-Amédée Doléris, comisionado por la Cámara de Agricultura de Francia para estudiar la posibilidad inversiones agrícolas del gobierno francés en el Río Negro. Varias décadas más tarde la comparación es retomada y “tomada en serio” por el geógrafo americanista Pedro O. Murúa en la década de 1940, en el marco de un nuevo auge de las narrativas y los proyectos hidráulicos para civilizar/desarrollar los desiertos argentinos articulada, en este caso, con el debate sobre la identidad americana y su aporte al gran relato de la civilización.

Presentaremos por último algunas líneas para ponderar el peso y los sentidos de esta comparación entre ríos. En otras palabras, la pregunta que recorre este trabajo es ¿qué *hace* el Nilo en el extremo sur de Sudamérica? Si lo pensamos como actante (LATOUR, 2005): ¿qué acciones moviliza, qué prácticas y sentidos? ¿cómo interactúa con los sujetos y qué les *hace hacer*?

## La inundación y las memorias

Para iniciar este ejercicio descriptivo nos aproximamos a un caso concreto, el de la cuenca del Río Negro (Río Negro, Patagonia Argentina), y a una obra que por su volumen y características permite recorrer de manera bastante completa los distintos aspectos que involucró la práctica técnica y narrativa de la ingeniería en las postrimerías de la Conquista del Desierto. Se trata de los *Estudios de Irrigación: Ríos Negro y Colorado. Informe del Ingeniero César Cipolletti*, normalmente conocido como *Informe Cipolletti*. Este documento es producido a partir de la expedición realizada por Cipolletti y un pequeño equipo de asistentes, durante el año 1899, y publicada tres meses después de su finalización. La velocidad del trabajo y lo completo de la memoria han convertido a este informe en una

<sup>5</sup> Decano de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de La Plata y del Laboratorio de Hidráulica Experimental; miembro del Centro Nacional de Ingenieros y de la Sociedad Científica Argentina.

pieza rodeada de cierta mística en la historia de la ingeniería nacional (GANDOLFO, 1980; PETZ, 1999). Lo interesante de este trabajo es que, al igual que otras producciones de la época, combina consideraciones de un orden que podríamos denominar estrictamente técnico con otras, que abarcan el relato de viajes, la descripción paisajística, la observación o especulación científica, y las consideraciones que otro ingeniero, Carlos Volpi (1921), resumió como “de atingencia del sociólogo”. En efecto, los proyectos hidráulicos están atravesados por una fuerte dimensión que combina el diagnóstico socioterritorial con la puesta en juego de futuros y pasados imaginados para la humanidad. En este caso, queremos explorar como esa tarea de imaginar el tiempo trae a territorios patagónicos al que es, quizás, el más simbólico de los ríos: el Nilo.

Para contextualizar esta frase y a los sujetos cuya imaginación y prácticas nos interesan, es necesario aclarar que a fines de la década de 1890 el Nilo probablemente haya estado muy presente en las mentes de todo ingeniero con alguna trayectoria, como era el caso de Cipolletti. El año anterior, 1898, los ingleses habían dado comienzo al titánico trabajo de “domar” el antiguo régimen de inundaciones que hiciera de Egipto el granero del mundo antiguo y un mito para el mundo moderno<sup>6</sup>. La antigua presa de Asuán, levantada en la primera catarata, estaba llamada a terminar con la autonomía del río y a traerlo, junto con su gente, bajo la égida de la civilización (y el colonialismo).

Antes de proseguir, cabe aclarar que los intentos de “doma” del Nilo por parte del Imperio Británico arrojaron un resultado bastante pobre: el río derrotó una y otra vez a estas primeras presas y sólo pudo ser detenido sesenta años más tarde, cuando se concretó la presa alta de Asuán bajo gobierno de Nasser y con apoyo de la Unión Soviética. Sin embargo, a fines de este trabajo pondremos entre paréntesis la efectividad de las obras y también la capacidad del Nilo de rebelarse contra sus captores, porque lo que más nos interesa son los relatos, las narrativas y las ontologías de lo posible que se articulan en torno a la empresa.

El Nilo y su gente son, en estos relatos, al mismo tiempo un gran “otro” de la Civilización y su cuna. Es también una sinécdoque de Egipto mismo, indivisible de él: granero del mundo antiguo, tierra de faraones y obras colosales, y también “desierto” a ser conquistado y recuperado para la civilización luego de su ocupación otomana y su conversión al islam, conversión que incluye al Nilo mismo<sup>7</sup> (MARCONETTO, 2023).

Quizás sea esa fama multifacética del río egipcio la que inspira a Cipolletti a traerlo a colación desde las frases iniciales de su Informe sobre el Río Negro:

En cuanto al agua, la hay suficiente para regar más de un millón de hectáreas, es decir, más de la mitad de todo el Egipto y por lo general en condiciones de feracidad no inferiores a ese privilegiado país; y como en éste situadas, en su mayor parte, a ambas márgenes de un río caudaloso que un día no lejano tendrá libre acceso desde el Atlántico. (CIPOLLETTI, 1899: VII)

La comparación se retoma en algunos puntos de la *Memoria*. Si bien el Nilo

<sup>6</sup> Las discusiones acerca de qué hacer con el Nilo ocuparon un lugar prominente en la hidráulica decimonónica europea, especialmente británica y francesa (WHITTINGTON y GUARISO, 1983; GOBY, 1959).

<sup>7</sup> El historiador Al-Maqrizi relata que en el año de la conquista árabe de Egipto (639 AD) el general a cargo reporta que los egipcios, cuando empezaba a crecer el Nilo, engalanaban una virgen y la lanzaban al río a fin de propiciar la crecida. El general Amr ibn Al-As abolió la “bárbara costumbre” y el Nilo no creció en los siguientes meses. Preocupado por la hambruna escribió al Califa, quien a su vez escribió una carta al río: “Yo sirvo de Dios, Umar, comandante de los creyentes, al Nilo del pueblo de Egipto: Si eliges fluir o no por tu propia voluntad, entonces no fluyas; pero si es Alá, el Único, el Todopoderoso, quien te impulsa a fluir, entonces le pedimos a Alá, el Único, el Todopoderoso, que lo haga”. (LANE, 1993 [1835]: 476-477). Dicen los musulmanes, que luego de la carta el Nilo creció y se convirtió al islam (MARCONETTO, 2023: 55).

no es el único río que Cipoletti toma como referencia, es quizás el más mencionado y sin duda uno de los principales. Sin embargo, lo que la hace interesante es el hecho de que fue recogida por otros. Comparar al Río Negro con el Nilo tenía sentido, o mejor quizás, hacía sentido, para quienes emprendieron efectivamente las obras de irrigación luego de que Cipolletti falleciera en 1908, en el viaje de regreso a Argentina que emprendiera para iniciar ese trabajo.

Fue un día magnífico. Frente a las bruñidas aguas del río Negro, el ministro de Obras Públicas, doctor Ezequiel Ramos Mejía en su discurso comparó la obra con la realizada por los faraones egipcios en el lago Moeris. “El problema del Nilo —dijo el ministro— era exactamente el problema del río Negro que hoy tratamos de resolver. Aquí, como allá, tenemos un coloso a dominar para que no sean devastados los fértiles valles que recorre entre cerradas curvas, cubriéndolos con su caudal de 9.000 m.c./s. unas veces y para que no haga en otras perecer de sed a los valiosos cultivos de sus orillas con disminución que llega a la ínfima cifra de 250m.c./s. Aquí, como allá, habrán de cambiarse, por la acción del hombre, áridos arenales en vergeles paradisíacos, como hoy mismo podréis verificarlo.” (LARÍA, 1959: 40).

Obsérvese la doble cita del párrafo anterior. Ramos Mejía retoma la comparación con el Nilo y la refuerza en su discurso de inauguración de las obras, y en 1959, Laría vuelve a resaltar la magnificencia del momento, vuelve a poner en primer plano el carácter faraónico de lo que está ocurriendo en la cuenca del Río Negro. Esto coincide con el auge de un proceso nacional e internacional de glorificación discursiva de los proyectos hidráulicos, que convierte a los diques en “monumentos de la civilización”, primero, y del desarrollo, más tarde (RADOVICH, 2011).

Las obras del lago Moeris a las que se refiere la cita constituyen un exponente icónico de la hidráulica antigua. Datan del siglo XIX aC. Herodoto, en el V aC, las describe como una de las maravillas de un mundo ya para él antiguo. Sus comentarios son retomados por otros autores clásicos, como Estrabón, Diodoro Siculus o Plinio. El lago, al igual que el Nilo y sus faraones, son ya en tiempos grecorromanos parte de una narrativa de pasado donde las obras hidráulicas constituyen mirabilia (sensu LE GOFF, 1985) y, al mismo tiempo, marcan los horizontes de la grandeza humana. En el siglo XIX, tales relatos son retomados y sistematizados no por clasicistas, sino justamente por ingenieros e intelectuales vinculados a las discusiones sobre la hidráulica: las historias, ideas y descripciones de los antiguos son parte de un amplio arsenal simbólico desplegado por ingleses y franceses, especialmente, para discutir y “domar” al Nilo (WHITTINGTON y GUARISO, 1983).

En 1912, cuatro años después del discurso de Ramos Mejía, un médico francés recorrió la Patagonia en calidad de “comentador de mérito agrícola” y escribió como resultado de su labor un libro titulado *El Nilo Argentino*. Estudio económico sobre las regiones del sur argentino (DOLÉRIS, 1912). El libro está mayormente dedicado a señalar las virtudes de la vitivinicultura en la cuenca del Río Negro. Para iniciar su exposición, Doléris (id: 3) toma esta cita a modo de epígrafe:

El valle del río negro contiene tierras de una extrema fertilidad que pueden compararse a las del famoso valle del Nilo. (Mariano Jurado)

Mariano Jurado fue un ingeniero agrónomo cuya labor hemos sido capaces de rastrear vía su correspondencia con Florentino Ameghino. Formaba parte de la red de “recolectores” de Ameghino, facilitándole muestras y observaciones de terreno a partir de su propia práctica profesional. Estas redes entre práctica in-



genieril y científica son potentes, multifacéticas, y parte relevante de la conformación de ambos campos (PODGORNY y LÓPEZ, 2014). A fines de este planteo, será relevante destacar la vinculación constante, vía correspondencia, afinidades personales e intelectuales, entre estos dos grupos. Charles S. Smith, por otra parte,

Volviendo al Nilo y su pariente sudamericano, el libro de Doléris realiza una operación que es común a todos los textos que he analizado. Una serie de párrafos de carácter repetitivo, estereotipado casi, traicionan las excusas del autor de presentar un libro “demasiado técnico” para sumergirse en una nueva versión de la narrativa del progreso:

Esta obra (...) está consagrada al estudio económico de un país nuevo que se abre a la colonización, sobre el cual se vuelcan muchas personas y capitales, y que ha hecho germinar grandes esperanzas: el valle del Río Negro. Es una **tierra plena de promesas** para la agricultura, a condición de que esta sea **paciente** y **juiciosamente** conducida, con un personal a cargo escogido, una buena mano de obra y **capitales** suficientes. (...).

Luego de la cría de ganado, que ha alcanzado un gran grado de perfección, la agricultura propiamente dicha, inteligentemente comprendida y racionalmente aplicada, está en tren de tomar su amplio y legítimo lugar en las preocupaciones de los hombres previsores y avisados que presiden los destinos del país.

Esta es, además, **la marcha lógica y tradicional del progreso**. El hombre fue al inicio pastor antes de devenir agricultor. La agricultura misma fue extensiva antes de devenir intensiva. (DOLÉRIS, 1912: 8-9, traducción propia, negritas propias)

A estos párrafos sigue una larga reflexión sobre el rol preponderante de los inmigrantes para colonizar las nuevas tierras. Esto, a su vez, desemboca en una crítica de las prácticas locales tradicionales en las cuales el valor de la tierra radica en la posesión y la especulación con su venta y no en el “trabajo”. Esta sucesión, que inicia con reflexiones generales acerca de la naturaleza del progreso para concluir con una ponderación de los sujetos socialmente “deseables” o “indeseables” para alcanzarlo, es casi omnipresente en las obras publicadas de la época.

Lo que llama la atención, en ese sentido, no es la existencia de un código, una narrativa o una lógica del mundo compartidas, sino la necesidad de volver sobre ellas, de volver a decir. Esta recurrencia de los relatos del progreso en cada obra permite hipotetizar la necesidad de los sujetos de inscribir su práctica cotidiana en una narrativa mayor: el gran relato del progreso y la civilización.

Esta hipótesis nace básicamente de la exposición sistemática a los escritos de los sujetos con los que trabajo. El carácter de “fórmula”, de conjunto de “frases hechas”, que presentan estas narrativas ha llegado a producirme fastidio, en mi calidad de etnógrafa documental. Exactamente por ese motivo creo que vale la pena prestarles atención, porque entiendo nos dicen algo relevante acerca del mundo en el que esos sujetos viven, sus apuestas y las formas en que conciben su práctica. Más adelante trabajaremos la idea de “santos sin aureola”, movilizada por algunos naturalistas para describir su práctica científica. Este parentesco con la labor religiosa resuena también en las formas repetitivas que toma el relato del progreso: una narración del génesis que parece replicar (en el doble sentido de la palabra) la estructura escatológica de las obras medievales (VERGARA CIORDIA, 2000).

Remarcamos este punto porque es el inicio de una línea argumental. Nuestro propósito es comprender la presencia continuada del Nilo como río de referencia, punto de comparación para imaginar la colonización del Río Negro. La fuerza narrativa del Nilo reside, justamente, en su articulación con un “gran relato” acerca de la civilización y su relación con los ríos, los oasis y los desiertos; acerca del

Estado y los imperios, el gobierno, la construcción de “grandes obras”. Es, en ese sentido, un “río universal”, término sobre el que volveremos.

## El “inventario de riquezas” como práctica del mundo

Al iniciar su informe, Cipolletti indica que comprende su propia labor en los siguientes términos:

Por lo que respecta al mérito de la memoria misma, espero que ella responderá, si-  
quiera, al principal objeto que tuvo en vista V.E. al confiarme la honrosa misión; y que  
conceptúo debe concretarse a la confección de una especie de **inventario de todas  
las riquezas naturales**, aplicables a la agricultura e industrias afines, que se encuen-  
tran en los territorios objeto de los estudios practicados por esta Comisión. (CIPOLLE-  
TTI, 1899: VII, el subrayado es nuestro)

Al concebir su actividad como un inventario de riquezas, Cipolletti se aleja de la planificación de obras hidráulicas tal como podría ser concebida hoy o, quizás, como era planteada en aquellos días en otros sitios. El inventariado de riquezas naturales implica plantear una relación específica con el territorio, que se inscribe en un conjunto de prácticas ya desarrolladas y vigentes para los “desiertos” de Argentina, particularmente para la Patagonia. Diez años antes de que Cipolletti produjera su informe, la expedición científica que acompañó a Roca en la Conquista del Desierto iniciaba este proceso de inventariado, o más bien, continuaba la obra de exploradores, naturalistas y conquistadores “de avanzada”, tales como Francisco “el Perito” Moreno. El proceso de inventariado de riquezas es un acto de conquista epistémica, así como la “doma” de ríos calificados de “colosos” y de “rebeldes” continúa sobre una naturaleza humanizada la guerra antes emprendida sobre el “otro” cultural naturalizado (RODRÍGUEZ, 2018).

El proceso de inventariado no fue, sin embargo, un dispositivo específico de la conquista del desierto patagónico, aunque presente aquí algunas particularidades. Por el contrario, fue una de las herramientas por excelencia de la fundación de un saber-poder estatal, moderno, que propuso modos específicos de concebir el espacio, el tiempo y las materialidades. La expresión *El desierto en una vitrina*, con la cual Podgorny y López (2014) titulan su volumen al respecto, condensa estos modos de apropiación y reconstrucción del espacio. Las tareas concretas que se despliegan en torno a los elementos “naturales” nos permiten rastrear, concretamente, el “cómo” de los procesos de transformación del mundo no humano en objeto, naturaleza y, finalmente, recurso. En ese sentido, la expresión “riquezas” y la propuesta del inventario puede considerarse un prolegómeno de ese último término.

Para reforzar las conexiones entre operaciones de conquista y colonización epistémica, cabe destacar que muchos científicos (no sólo aquellos que participaron directamente de las expediciones) dedican sus obras a los presidentes o ministros en ejercicio al momento de la conquista del desierto. Jorge Hieronymus (1874), por caso, dedica su tratado sobre *Lilaea subulata* al presidente Roca en su calidad de protector de las ciencias. Doléris, uniéndose a la costumbre nacional, dedica *El Nilo Argentino* al presidente Roque Sáenz Peña.

Las expediciones científicas como parte de los dispositivos de conquista de la Modernidad vuelven a reponer el parentesco entre la Patagonia y Egipto. La idea de una comisión científica acompañando a un ejército conquistador del Desierto es inaugurada por Napoleón Bonaparte en su avanzada sobre Egipto. Allí, por vez primera, la ciencia europea marcha a la par de sus armas. La expedición, al igual que su heredera local, se escuda en un diagnóstico de barbarie y decadencia de

los pueblos a ser conquistados para justificar su avance, promete devolverlos a la civilización y, al mismo tiempo recuperar para la ciencia aquellas tierras y patrimonios que deban ser inventariados, recogidos, catalogados y distribuidos en museos o colecciones.

En ambos casos, la hidráulica puede entenderse como un segundo paso, un segundo movimiento luego de la actividad de inventariar riquezas y avanzar por las armas. A la conquista sucede la colonización, la “mística” de la prosperidad agrícola y de renovación social.

La tarea de inventariar, clasificar y ordenar las “riquezas naturales” condensa múltiples aristas del proyecto civilizatorio. Posiciona a las cosas (naturales) en un tipo particular de relación con el Estado, la Ciencia y otras cosas (las obras humanas). Las inscribe en el proyecto civilizatorio y, al mismo tiempo, inscribe a los sujetos protagonistas del inventariado en una narrativa altamente mítica: el científico se concibe a sí mismo como un *santo sin aureola de la humanidad*, agente del Progreso por venir.

Al respecto, el naturalista E. Holmberg<sup>8</sup> realiza larga reflexión sobre el rol de la Historia Natural (la ciencia del inventariado por excelencia) en la prosperidad de las naciones:

Comienza a alborear en la República Argentina la era científica. Estimables naturalistas extranjeros, algunos de ellos eminentes, han estudiado y estudian una parte de sus ricas comarcas. Millares de especies halladas en ellas figuran en los distintos repertorios y millares de otras esperan figurar. Pero hay un nuevo elemento que entra en acción y entra con confianza, *porque tiene conciencia de las responsabilidades que envuelve la tarea científica*: es el elemento nacional, el elemento joven, que viene a **luchar con el cerebro en la misma tierra en que sus padres lucharon con la espada** o con la pluma flamígera para consolidar independencia, libertad y autonomía de nación y de pueblo.

Inútil tarea sería, para un mal intencionado, buscar pretensiones en esos trabajos que comienzan a definirse, porque lo único que revelan es un **deseo vehementísimo de ver catalogadas las riquezas del país**, para poderse lanzar, aquellos que los emprenden, en investigaciones superiores

(...) El grado de civilización de un país no se mide tanto por la cantidad de ácido sulfúrico que consume, cuanto por la producción de obras que traten de Ciencias Naturales. Cien mil toneladas de ácido sulfúrico consumido no producirán el **efecto moral** de una *Description physique de la République Argentine*. (HOLMBERG, 1884. Las cursivas son originales, las negritas son mías)

Esta última cuestión, la del “efecto moral” de las tareas científicas, supone otra línea de continuidad con el modo en que los ingenieros hidráulicos concibieron su labor. Esta consideración opera en varios niveles: por una parte, las actividades de medir requieren de colaboradores. Cipolletti, por ejemplo, se queja de la dificultad que supone para él encontrar sujetos “moralmente aptos” para encomendarles la importante tarea de llevar registro periódico de los medidores de caudal instalados sobre el Limay. Su voz se une a la de otros ingenieros que protestan por la escasa disposición a la meticulosidad de los regantes que constituyen, en su propia narrativa, el promisorio futuro de la nación.

<sup>8</sup> Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937) fue un eminente naturalista, médico y escritor de ascendencia austriaca. Autor de numerosas contribuciones a los campos de la entomología y la descripción física de la Argentina. Director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, cuyas obras de construcción diseñó y supervisó. Ocupó diversas posiciones en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. En paralelo, también fue el primer autor argentino de ciencia ficción.

## La moral de las cosas

En ese sentido, el segundo aspecto “moral” de las obras hidráulicas es su potencial como formadoras de ciudadanía. Sus creadores son altamente conscientes de que estas materialidades condensan, contienen y enactúan una propuesta social: acequias, canales y diques *hacen* a la nueva sociedad que conquistará el desierto e incluso, con una adecuada mezcla de pericia y optimismo, tienen el poder de “reformular” aquellas personas y naturalezas considerados “inviabiles, decadentes, atrasados”.

Considerando el desarrollo del problema en nuestro país, podría hacerse una distinción, la que corresponde a una cierta parte de la zona andina, con sistematizaciones de riegos preexistentes, aptitudes cívicas, sociales y económicas inveteradas, y la acción desarrollada en zonas nuevas, como **algunos territorios del Sud, donde las poblaciones se crean, el organismo se modela y construye directamente.**

A esta división corresponden dos conceptos distintos del problema de irrigación: el primero es sólo factible por parte del Estado, obedeciendo a una política hidráulica educadora, civilizadora, en que se considera a la zona de riego como un laboratorio social, en el que se trata de mejorar los elementos étnicos que en ella existen; el segundo concepto del problema de riego, ya más adelantado, se desarrolla en **zonas nuevas, científicamente elegidas, donde los valores étnicos se seleccionan;** y puede ser aplicado por el Estado como también por empresas particulares. (VOLPI 1921: 417-418)

La cuenca del Río Negro es el “segundo caso” ideal de Volpi, donde la “selección étnica” ha sido realizada y las promesas del progreso permiten imaginar un futuro “científicamente elegido”. Indagar en las características de este futuro implicaría otro trabajo, pero no creemos casual que el Nilo emerja como una referencia fuerte en torno a un río y una región cuyo futuro está siendo imaginado y su pasado cultural, borrado sistemáticamente.

En ese sentido, queremos señalar aquí un aspecto de los procesos de invisibilización y de la construcción de una argentina “blanqueada” (BRIONES y DEL-RIO, 2007; RAMOS, 2005): ante el borramiento de personas, culturas y pasados reales de un territorio, no sólo se introduce un discurso de naturaleza prístina, sobre la cual todo es posible, sino que además esa naturaleza es codificada al interior de otras grandes narrativas, las de la “cultura universal”. El Río Negro, despojado de vínculos sociales con las personas que lo habitaban, deviene “pariente” de otros ríos y desiertos. Ríos “otros” que deben ser domados, rescatados y civilizados, al igual que sus habitantes. Ríos con valles que se inundan o amenazan llenarse de médanos, que deben ser encauzados y detenidos para fundar una nueva sociedad “étnicamente seleccionada”, una naturaleza “inventariada” y un futuro “científicamente” planificado. Prácticas, entonces, que a la vez que domesticar espacios y gentes, recrean una lógica del tiempo como línea evolutiva y de la civilización como “carrera” donde lo “atrasado” deviene pasado-presente.

## El primer hilo

Antes de proseguir, quiero traicionar por un momento la linealidad cronológica y presentar una pieza de evidencia que llegó “atrasada” a este ejercicio de rastreo. Se trata de una comparación entre el valle del Río Negro y el del Nilo realizada por Domingo Faustino Sarmiento, veinte años antes de que Cipolletti redactara su informe. Pese a su precedencia cronológica, por respeto a mi “campo”, entendiendo que tal cosa existe en la antropología documental (RODRÍGUEZ, 2020) y por conveniencia argumentativa he decidido presentarla aquí.

Esta decisión está motivada principalmente porque, tal como suele suceder con las primeras insinuaciones de un fenómeno, no presenta todas las características que adopta luego. Sin embargo, como también suele ocurrir (GINZBURG, 2010), el contexto de su emergencia es interesante.

El primer registro que he hallado hasta el momento de la comparación entre el río Nilo y el río Negro es tan sugerente como elusivo. En 1879 Domingo Faustino Sarmiento ocupó por 40 días la posición de ministro del Interior, antes de que sus desacuerdos con la facción roquista lo impulsaran a dejar el puesto. En este período se discutió el proyecto de ley de reparto de tierras a los soldados que estaban participando de las campañas militares conocidas como “Conquista del Desierto”. Puntualmente, el 28 de agosto de ese año se tratan las modalidades de distribución de tierras correspondientes a la cuenca del Río Negro y sus inmediaciones.

En ese contexto, Sarmiento acusa a sus rivales en el debate no solo de adolecer, como él mismo, de desconocimiento del lugar sino de además no haberse informado en debida medida de sus características. Para sostener sus argumentos, afirma, él ha recurrido a dos fuentes: la entrevista a coroneles del ejército que han estado allí recientemente y “la descripción de Lorentz” del Río Negro. Seguidamente, señala la importancia de medir adecuadamente las tierras y evaluar su capacidad productiva antes de dar ningún paso legislativo. Para ello, invoca la labor de “los ingenieros”, protagonistas fundamentales de esta tarea. Sin embargo, se permite dudar de las posibilidades del proyecto civilizatorio en tierras desérticas:

Por las observaciones de Fitzroy, de Darwin, de los militares que han estudiado allí, estas tierras no son cultivables (...) Uno que ha hecho estudios de esos terrenos, dice: la civilización terminará en el río Negro, porque esas praderas infinitas, que se extienden del otro lado, no se han de poblar. (SARMIENTO, 1914 [1879]: 339)

El tema pasa a comisión y, un mes después, Sarmiento vuelve a dirigirse a los legisladores<sup>9</sup>. Esta vez, sin embargo, no lo hará para dudar de las posibilidades de civilizar la cuenca del Río Negro sino para abogar por un modo específico de emprender la tarea: las obras de irrigación.

Los ingenieros y prácticos llevarán por encargo examinar el declive de la mesopotamia que forman el Colorado y el río Negro desde el Neuquén, a fin de designar los puntos en que el agua se hallaría al nivel de la superficie para establecer canales de irrigación. Si esto se obtiene con facilidad tendríamos un país de irrigación como el valle del Nilo, con dos Nilos en lugar de uno. (SARMIENTO en DANIELI, 2006)

En esta primera versión del juego de espejos entre ambos ríos no aparece de manera literal la expresión “Nilo Argentino”. La frase no es tampoco, hablando con propiedad, un tropo, sino una comparación. Quizás una del mismo orden que aquella realizada pocas páginas antes (SARMIENTO, 1914: 324) entre la Conquista del Desierto y la colonización inglesa de otros rincones de África. Sin embargo, esta primera aparición es sugerente, puesto que contiene o insinúa muchos de los elementos que hemos desarrollado hasta aquí: la descripción científica y las prácticas del medir, las inspiraciones en el modelo colonial inglés, la hidráulica como marca de la civilización y el Nilo como referente, conocido por todos, de esa forma de imaginar el espacio y el tiempo.

<sup>9</sup> “En estas circunstancias Sarmiento ocupó la cartera del interior, propuso al Congreso mandar una comisión de ingenieros a examinar ambas márgenes del Río Negro y designar la extensión de tierras utilizables. Preocupaban a Sarmiento las inundaciones frecuentes de aquella mesopotamia que forman el Colorado y el Río Negro para formar una región como el valle del Nilo que por medio de canales de irrigación llegaría a ser excepcionalmente fértil, con dos Nilo en lugar de uno” (BELIN SARMIENTO en SARMIENTO, 1914).



## El devenir de una metáfora: el “Nilo Argentino” a mediados del siglo XX

El siguiente documento que hemos podido rastrear nos lleva a 1942. En este caso, la pregunta *¿Nilo argentino?* es retomada, nuevamente como título, por el geógrafo Pedro Oscar Murúa, en el contexto de las discusiones sobre la construcción de una identidad americana y el aporte del americanismo a la historia de la civilización.

Comienza primero por compartir con el lector una sorpresa con la cual empatizamos, al descubrir la existencia del libro de Doléris y su enigmático título. Se pregunta a continuación, al igual que hizo quien escribe, por la pertinencia de dicha comparación y por sus sentidos. Para responder a su propia curiosidad, Murúa procederá como geógrafo, describiendo minuciosamente las características físicas de ambos valles, el del Nilo y el del Río Negro:

No conocemos el Nilo, pero a través de mil lecturas podemos forjarnos su clara representación. Están lozanas, en cambio, algunas impresiones que hemos recogido a la vera del cauce patagónico, verdadero tubo de abundancias por el cual se comunican los Andes y el Atlántico en un diálogo cada vez más febril y más actual. (MURÚA, 1942: 101-102)

A despecho de los paralelismos trazados por Cipolletti, Murúa descarta la posibilidad de comparar físicamente ambos valles: “no hay analogías satisfactorias ni en el régimen hidrológico, ni en la propiedad fertilizante de las aguas, ni en la calidad de la tierra, ni en las condiciones climáticas, afirma, dado que aquel [Egipto] es el desierto absoluto, éste es el subdesierto, es decir, la estepa” (*idem*).

Pese a esto, Murúa recupera una cita de Doléris que constituirá su punto de partida: la comparación, si es posible, “es totalmente ventajosa para el joven valle americano” (DOLÉRIS en MURÚA, 1942: 102). La juventud y las ventajas del río, el valle y su gente serán el eje argumentativo de una nueva narrativa sobre el “Nilo argentino”. Esta vez, el objetivo no será demostrar el carácter “promisorio” del río americano, sino su superioridad.

La detallada descripción de Murúa combina sus propias observaciones sobre la cuenca del Río Negro (resultado de viajes de estudio realizados con sus estudiantes del Instituto Técnico Superior de Santa Fe) con las “mil lecturas” que le permiten recorrer al detalle el curso del Nilo y sus afluentes. En lo que se refiere a este último río, la descripción concluye con un diagnóstico de agotamiento:

El valle del Nilo constituye una excepción, un auténtico y milagroso oasis entre 10.000.000 de kilómetros cuadrados de desierto. Su piso es sedimentario, ciertamente, pero la profundidad de sus estratos vegetales no guarda relación con el largo trabajo aluvional realizado por el Nilo. Los vientos que encrespan de olas aquellos inmensos mares de arena que lo encuadran, lo desposeen, sin descanso, de sus tierras húmedas. De otra parte, la formidable y milenaria cultivación a que están sometidas ha terminado por reducir a tal extremo su valor edafológico, que su productividad no queda librada a la copiosa fertilización natural, como en los tiempos del simple cultivo por inmersión, sino que es cada vez más necesario apelar al abono y a la racionalización de las tareas correspondientes. (MURÚA 1942: 106)

En cambio,

Las tierras del valle del Negro no serían forzosamente estériles si por cualquier motivo disminuyera o les faltara durante todo un año el caudal de su río irrigador (...) Son en sí mismas, como lo expresa Doléris, tierras de una asombrosa fertilidad. (...) No hay en este valle rionegrense período de desolación. Se goza en él de un clima maravilloso. (*idem*: 109-110)

Estas páginas cotejan las observaciones propias del autor con la obra de Doléris, a la que otorga mucho crédito en lo que refiere a la “agudeza de sus observaciones”. Hay en Murúa un diagnóstico que hace eco de nuestra propia pregunta, pues luego de haber emprendido el recorrido descriptivo, luego de comparar sus propias observaciones con las de su predecesor, no encuentra todavía respuesta a su pregunta original:

¿En qué se funda pues, la comparación, que Doléris encuentra procedente y abonada por juicios anteriores al suyo de “hombres de la más alta competencia, de conocidos ingenieros ingleses e italianos que han trabajado largo tiempo en las obras de irrigación emplazadas entre los ribazos del antiguo río egipcio”, a tal extremo que resuelve intitular su trabajo con la propia subdenominación comparativa “*Le Nil Argentín*”? ¡Pero si todo el libro de Doléris, interesante, denso, metódico, no es sino una prueba opuesta a la existencia de un *Nilo Argentino*! **No existe tal *Nilo Argentino*. No existe en el sentido del paisaje ni en el sentido de la presencia humana.** Doléris ha sido una pupila alerta en todo, menos en este punto de la denominación comparativa. Es sensible, porque **este libro en su género descriptivo, no ha sido superado y espera una inteligente traducción**, con acotaciones actualizadas. (MURÚA, 1942: 111, las negritas son mías)

En este punto nuestro geógrafo deviene antropólogo, o al menos, hace un diagnóstico sugerentemente antropológico: hay “algo” agudo en el título de Doléris, algo relevante en su descripción y en su “error” comparativo. Algo que requiere de un ejercicio de traducción.

Murúa ensayará este ejercicio hablando un idioma que ya nos resulta familiar: el de las promesas del progreso.

El valle del Río Negro, en efecto, más que un esbozo de esperanza, es, lo reafirmamos, una realidad promisorio. No caeremos en la vulgaridad de exagerar sus méritos. El exceso de alabanza en las perspectivas materiales con que suele aludirse a las llamadas nuevas tierras ha constituido el comienzo del drama de muchas vidas. (*idem*)

En este contraste funda su diagnóstico. Las siguientes páginas describen el avance de la agricultura en los pueblos de la cuenca del Río Negro, llegando hasta Viedma y el mar. Realiza luego un diagnóstico de excepcionalidad, basado en identificar la particular interacción entre actividad productiva, clima e irrigación; pero también en distinguir tres “tipos humanos” que considera característicos: el “pionero”, el “cultivador intrascendente”, el “comerciante” y el “artesano”. De los cuales, “el cultivador intrascendente representa (...) las dos terceras partes”. En el Río Negro, “el campesino mantiene aquella supremacía numérica que era tan auspiciosa para nuestro país y que tan desgraciadamente ha obliterado”.

Nuevamente, la descripción del Nilo Argentino y su carácter de excepcionalidad van acompañados de una sociología que corteja los relatos utópicos: una sociedad de pioneros, campesinos y comerciantes, posible gracias a la irrigación: “Vida plácida en tierras promisorias” (*idem*: 118). Los obstáculos diagnosticados por el autor son fácilmente solucionables por un Estado presente y razonable. El artículo termina de la siguiente manera:

Salvados los riesgos que derivan de la deficiencia de los transportes y de la irregular comercialización de sus productos, este valle acreditará en cincuenta años sus excepcionales condiciones. El *kansim* y los *etesios* seguirán soplando en el valle egipcio sobre formas milenarias; sobre las pretéritas rutas faraónicas el Nilo continuará brindando su don sacramental. Aquí en cambio, ciudades modernas, empinadas sobre el filo amurallado de las bardas, escrutarán en la grandiosa perspectiva patagónica la victoria de las tierras malditas transformadas por el esfuerzo de generaciones visionarias, en tierras de bienestar. (*idem*: 120)

Murúa, miembro fundador del comité antifascista santafesino, publica ese título en como artículo en la flamante revista *Universidad*, de la Universidad Nacional del Litoral. El número está dedicado a discutir el americanismo, en otras palabras, a ponderar el rol que América, los pueblos y países americanos, están llamados a ocupar en la historia de la civilización.

Es relevante que la comparación entre el Nilo y el Río Negro vuelva a aparecer específicamente en este contexto. Murúa y sus contemporáneos están proponiendo, ensayando y discutiendo los lineamientos de una nueva “gran narrativa”, en la cual a la Europa dividida, bélica y en decadencia de esa década se opone una América pujante y pacifista, salvaguarda del humanismo y los valores occidentales. En ese contexto, el texto de Murúa plantea una excepción en cuanto a su modo de tratar esta gran narrativa. Lejos de las discusiones jurídicas o de diagnóstico político que ocupan la mayor cantidad de artículos de la revista (incluidos aquellos escritos por médicos o matemáticos), el geógrafo retoma la especificidad de su oficio y trabaja mediante descripciones. Construye desde allí una forma de narrar la historia desde la descripción de los espacios, enlazando la geografía física de los ríos con su retrato “mitológico”. Así, por ejemplo, los vientos de Egipto, “el *kansim* y los *etesios*” toman al mismo tiempo el lugar de fenómenos meteorológicos y de metáforas del desgaste, el agotamiento de una cuna de la civilización cuyo destino natural es ceder paso a nuevos vientos y nuevos ríos, los americanos.

El punto final de este rastreo de argumentos radica, justamente, en discutir el carácter simultáneo de la naturaleza descriptiva y metafórica de estas producciones. Trabajamos con ingenieros, geógrafos, botánicos, “hombres de ciencia”. Sus prácticas y disciplinas mentales/discursivas son innegablemente “científicas”, especialmente si las comprendemos en el contexto de lo que era considerado científico en el momento en que producían. Son miembros respetados de las comunidades intelectuales a las que pertenecen. Nada de eso quita el hecho de que sus relatos, descripciones y teorizaciones acerca del tiempo, los ríos y la historia de la humanidad revistan, también, el carácter de mitos. Son narrativas cargadas de metáforas, metonimias y símbolos que hacen inteligible el pasado y el presente, que se hacen eco unas a otras y cuya reproducción es parte del proceso de auto-inscripción de estos sujetos en un mundo que da sentido a sus prácticas.

## Ecos del desierto

En una publicación reciente, los arqueólogos sudamericanos Marconetto, Pellini y Gheco (2023) se preguntan por las formas en que el pasado egipcio es construido mediante prácticas y elecciones específicas realizadas por una amplia serie de actores: restauradores y conservadores, arqueólogos, autoridades, y otros. Las paredes de una tumba son intervenidas para quitar de ellas las capas “nuevas” (romanas, cristianas, otomanas, islámicas, actuales o subactuales), buscando el “original” faraónico. Como médicos limpiando una herida, los restauradores purifican “el” pasado de las máculas que otros pasados han producido.

Los autores recurren al concepto de “truco” para pensar en aquellas operaciones de exhibición y montaje de un cierto pasado, a costa de muchos otros posibles de ser vistos. Quizás la parte más relevante de esta operación no tiene que ver con lo que se muestra, sino con la delicada y sistemática invisibilización de todo lo demás. “Incluso la huella de Occidente”, afirman, ha de ser borrada para que la ilusión de un encuentro con el Egipto faraónico en pleno siglo XXI pueda tener lugar, para que los rastros de humo y vida de cientos de generaciones des-

aparezcan de las paredes y de la narración. El “original” así creado es un cuidadoso entramado de intervenciones materiales y opciones narrativas, de velos y artificios. Al pensar los sitios arqueológicos presentes en estos términos, la primera consecuencia a la que nos enfrentamos es la de una tautología curiosa: “restaurar” un original implica hacerlo “‘retornar’ a un estado que coincida con alguna de las ideas preconcebidas que tenemos acerca de cómo debería ser” (PELLINI, MARCONETTO y GHECO, 2023: 420).

Un fenómeno emparentado con ese efecto de “truco” fue identificado por Mitchell (1988), quien sistematizó las experiencias de algunos turistas-intelectuales-orientalistas del siglo XIX. Egipto era, para ellos, un sitio conocido de antemano: “*the visitor to Egypt ‘has long inhabited in his dreams’ a certain town, he will carry in his head ‘an imaginary map, difficult indeed to erase even when he finds himself facing the reality’*” (GAUTIER en MITCHELL, 1988: 30). Este mismo visitante, definido por Mitchell como uno de los “campeones” del arte orientalista, terminó inspirando sus trabajos en la Exposición de París sobre Egipto (1867) en lugar de en su viaje. El caso quizás más extremo lo constituye Gérard de Nerval:

Gérard de Nerval, collecting the material in Egypt he later published as *Voyage en Orient*, his life's major prose work, saw more of the library than of the rest of the country. After two months in Cairo, more than halfway through his stay, he wrote to his father that he had not even visited the pyramids. 'Moreover, I have no desire to see any place until after I have adequately informed myself from the books and memoirs'. (MITCHELL, 1988: 31)

Para estos sujetos (varones, europeos, blancos) Egipto había devenido hasta tal punto un conjunto de tropos literarios que el encuentro con la realidad del Cairo contemporáneo les resultaba decepcionante, inútil o ambas cosas. Las descripciones producidas por estos autores comienzan a ser ecos una de la otra, repeticiones *ad infinitum* de un relato bien establecido y sobre el cual prácticamente no se innova. Es justamente este efecto de intertextualidad, de narraciones que refieren a sí mismas, lo que construye ese espacio imaginado. Un efecto que ya hemos mencionado como parte de las prácticas de los científicos e ingenieros argentinos al iniciar sus obras con referencias al Progreso y la Civilización.

Sabemos que este tipo de prácticas están relacionadas con una estructura escatológica de larga tradición en Occidente. La necesidad de volver al origen, de que el nuevo texto constituya una reproducción de patrones ya conocidos que refuerzan una forma de imaginar el tiempo y el mundo, permite pensar en Egipto o la Civilización como piezas de una estructura mitológica. Como tales, siguiendo tanto a Mitchell como a Lévi-Strauss (1987) estas narraciones-fórmula constituyen esquemas de la práctica, formas de dar sentido al mundo y ordenarlo.

Otra pieza clave en estos “montajes” modernos la constituye la exposición. La generación de un espacio más o menos físico (pues valen tanto los museos como los libros) donde el otro pueda ser narrado sin narrarse, ser visto sin poder objetar las lentes, los recortes y los “trucos” involucrados en la exposición. Haber (2016) habla en términos muy similares a los utilizados por Mitchell, pero no para referirse a los intelectuales decimonónicos sino a las prácticas arqueológicas contemporáneas, de este lado del Atlántico, y se pregunta por las condiciones de posibilidad de romper con algunos de estos “trucos”. La tarea, afirma, no es sencilla, pues forman parte de un conjunto de lógicas fundantes de un modo de ver el mundo que es, también, garante de la condición de verdad de nuestra práctica científica.

En ese aspecto, nuevamente, los ecos sur-sur son significativos. Mitchell remarca que el orden colonial sobre Egipto debía volverlo “legible, como un libro”

y “susceptible de cálculo” (1988: 33). En ambos casos, esa operación depende de prácticas de objetivación, tales como la medición, la realización de obras hidráulicas y las aspiraciones de optimización productiva agrícola. Sin embargo, en el caso de nuestro “Nilo Argentino” la “legibilidad” del territorio se construye a partir de su “restauración”, para utilizar la expresión de Pellini, Marconetto y Gheco (2023), a un estado de naturaleza. Su legibilidad, por lo tanto, dependerá de la posibilidad de construir al mismo tiempo una historia natural, un borramiento social y una promesa de civilización futura para ese espacio. El Río Negro se convertirá en la pieza fundamental de articulación de estos tres elementos.

## El “río universal”

Como otros participantes de este dossier, presenté los primeros esbozos de este trabajo en el simposio “Antropologías de los desiertos, entre vacíos y abundancias”. Al hablar del Nilo, uno de los coordinadores del evento se refirió a él como un “río universal”. La expresión me resultó sugerente. Reflexionando *a posteriori*, creo que una de sus virtudes es que entra en diálogo explícito con la “trampa” a la que invita la narrativa moderna sobre ese río y, por extensión, sobre todos los demás “ríos del desierto”.

Hayden White (2002, 2010) ha dicho que las formas de la historia son narradas. Que, mientras siga contando el pasado, la historia no puede escapar a la narración y que, por extensión, está constreñida por las características (¿universales?) de ese arte: los tropos literarios. En ese sentido, el Nilo puede ser entendido como una entidad metafórica y metonímica. En su “doma” se juega la doma de la naturaleza, del agua y del desierto a la vez. En su caso particular, también, la doma de un dios antiguo.

Por otra parte, este río es una expresión de todos los otros ríos. Uno que organiza el mito de la civilización: “el desierto transformado en ‘tierra fecunda’”<sup>10</sup>, habitada por gentes “deseables”, capaces de conducir a la humanidad hacia el progreso técnico. Un río entramado con “Los orígenes de la civilización”, las “revoluciones” agrícola y urbana de la humanidad y la linealidad progresiva del tiempo que las acompaña (CHILDE, 1954).

Este relato, como indican las citas anteriores, no es un mito exótico, sino uno académico. Lo cual no le quita su carácter mitológico, en el sentido de un relato que ofrece guiones y lógicas para la práctica, que organiza la forma de entender el tiempo y de intervenir sobre el espacio. Un mito moderno.

En otras palabras, al igual que ocurre con la práctica de “inventariar” y sus protagonistas científicos, estamos hablando de un modo de narrar que es al mismo tiempo “nativo” y parte de discursos científicos y académicos todavía ampliamente aceptados. El evolucionismo cultural puede haber sido puesto en cuestión, pero tanto en los ámbitos profesionales como en la agenda de discusión pública sigue resultando difícil cuestionar el carácter obvio, “natural”, de los relatos de evolucionismo tecnológico.

A modo de ejemplo y también de fundamentación de la actualidad de esta reflexión, cabe destacar que la expresión “Nilo argentino” hizo una aparición muy reciente. En el año 2021, una nota de la Cámara de Comercio Argentino-holandesa reseña una entrevista brindada por su expresidente, Marnix van Itersen, al diario Clarín. Tanto la reseña como la entrevista original recuperan una vez más al Río Negro como “Nilo argentino”:

<sup>10</sup> Argañaraz (2022) referencia a la placa fundacional de la colonia agrícola de Nueva Coneta, Catamarca, Argentina.



[van Iterson] Convenció a un selecto grupo de inversores holandeses cuyo nombre es Samanea, en honor al árbol tropical de abundante sombra, para una millonaria inversión en lo que Van Iterson llama el “Nilo argentino”. Esto es el Río Negro, donde arrancaron con la producción orgánica y sustentable en unas 800 hectáreas de nogales<sup>11</sup>.

Antes de concluir, considero importante pensar en el rol de las ciencias sociales ante estas narrativas. Los científicos sociales nos hemos apartado de ellas para construir otros tipos de conocimiento, pero la arena de los mitos es una arena pública, potente y arraigada. Reponer los mecanismos por los cuales estas visiones de mundo se construyen y reproducen, se disputan y transforman, puede ser una vía para que recuperen su carácter de “historia” y, con él, sus posibilidades de mutar, ser reapropiadas o contestadas. Quizás de ese modo sea posible cuestionar la naturaleza universal y dada de los relatos lineales que estos mismos sujetos contribuyeron a arraigar.

## Agradecimientos

A los organizadores y participantes del Simposio “Antropologías de los desiertos, entre vacíos y abundancias”, cuya propuesta inicial y posterior compromiso (académico y humano) con nuestros trabajos permitió la existencia de este dossier.

A la Dra. Bernarda Marconetto, por su atenta y aguda lectura de la primera versión de este artículo.

La investigación marco de la que se desprende este trabajo fue posible gracias a una beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Las etapas finales de elaboración de este manuscrito se realizaron bajo el auspicio de una beca postdoctoral otorgada por la Fundación Alexander von Humboldt.

*Recebido em 19 de outubro de 2024.*

*Aprovado em 29 de março de 2025.*

<sup>11</sup> <https://ccah.org.ar/marnix-van-iterson-expresidente-de-la-ccah-dio-una-nota-a-clarin-sobre-sus-nuevos-proyectos-de-inversion-agricola/> e [https://www.clarin.com/economia/nueva-apuesta-banquero-agroindustria\\_o\\_q9EaUcf-I.html](https://www.clarin.com/economia/nueva-apuesta-banquero-agroindustria_o_q9EaUcf-I.html)  
Enlaces consultados por última vez el 24-06-2024.

## Referências

- ARGAÑARAZ, C. *Tiempos imaginados y espacios áridos. Controversias en torno al agua en el Valle de Catamarca (siglos XIX-XX)*. Tesis doctoral, Bauhaus Universität Weimar-Universidad Nacional de Córdoba, 2022.
- BRIONES, C. y DELRIO, W. La “Conquista del Desierto” desde perspectivas hegemónicas y subalternas. *RUNA. Archivo para las ciencias del hombre* (FFyL, UBA), XXVII: 23-48, 2007
- CHILDE, G. *Los orígenes de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Cipolletti, C. *Estudios de irrigación. Ríos Negro y Colorado*. Buenos Aires: Estudios Tipográficos de la Revista “Técnica”, 1899.
- DANIELI, M.C. Los orígenes ideológicos del sistema de regadío del Alto Valle del Río Negro y Neuquén, Patagonia, Argentina. *Scripta Nova*, X: 218 (06), 2006.
- DOLÉRIS, J-A. *Le Nil Argentin*. Paris: P. Roger et C, 1912.
- GANDOLFO, J. S. “Evocación del Ing. César Cipolletti”. En: *Evocaciones de los precursores de la ingeniería*. Centro Argentino de Ingenieros, Buenos Aires, 1980.
- ESCOLAR, D.; SALDI, L. Making the Indigenous Desert from the European Oasis: The Ethnopolitics of Water in Mendoza, Argentina. *Journal of Latin American Studies*, 49 (2): 269-297, 2017.
- GEERTZ, C. The wet and the dry: traditional irrigation in Bali and Morocco. *Human Ecology*, 1 (1): 34-39, 1972.
- GINZBURG, C. *El Hilo y las Huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: FCE, 2010.
- GINZBURG, C. “Señales. Raíces de un paradigma indiciario”. En Gilly, A. et al. *Discusión sobre la historia*. México: Taurus, 1995 [1982].
- GOBY, J.-É. Ingénieurs et techniciens français en Égypte, au XIX<sup>e</sup> siècle. *Revue Des Deux Mondes (1829-1971)*, 12: 691-705, 1959.
- HABER, A. *Al otro lado del vestigio: Políticas del conocimiento y arqueología indisciplina*. Popayán: Universidad del Cauca/Sello Editorial, 2016.
- HIERONYMUS, J. Monografía de Lilaia Subulata. *Actas de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*. Tomo V, 1874.
- LARÍA, S. Panorama general de las obras de irrigación en el Valle del Río Negro. *Boletín de Estudios Geográficos* (UNCuyo), 22: 35-45, 1959.
- LE GOFF, J. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. Barcelona: Gedisa, 1985.
- LÉVI STRAUSS, C. *Antropología estructural*. Buenos Aires: Paidós, 1987 [1958].
- MARCONETTO, M.B. Crónica de una adopción: maíz en la Necrópolis de Tebas (República Árabe de Egipto). *Revista Etnobiología*, 21 (1): 48-58, 2023.

MITCHELL, T. *Colonising Egypt*. California: University of California Press, 1988.

MURÚA, P. O. ¿Nilo Argentino? *Revista Universidad*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1942.

OLIVERA M. A. Dos Modelos de Colonización: Colonización en el Valle Central de Catamarca y Proyecto Río Dulce de Santiago del Estero. *XIV Jornadas Interescuelas de Historia*. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

PELLINI, J. MARCONETTO, M. B. y GHECO, L. How to Avoid the Trick? Heritage Discussions from Theban Tomb TT123, Luxor (Egypt). *Current Anthropology*, 64 (4): 410 - 431, 2023.

PETZ, F. *Agua divino tesoro. Reflexiones sobre el pensamiento del Ingeniero César Cipolletti*. La Pampa: AIC-L&M, 1999.

PODGORNY, I.; LÓPEZ, M. *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina*. Rosario: Prohistoria, 2014.

RADOVICH, J. C. “Impacto social de las grandes represas hidroeléctricas: un análisis desde la antropología social”. En: CAPALDO, G. (ed.) *Gobernanza y manejo sustentable del agua*. Buenos Aires: Mnemosyne, 2011.

RAMOS, A. *Trayectorias de Aboriginalidad en las comunidades mapuche del Noroeste de Chubut (1990-2003)*. Tesis Doctoral en Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires, 2005.

RODRÍGUEZ, L. “Trabajo de archivo, trabajo de campo etnográfico: cruces y tensiones a partir de una experiencia de investigación”. Em: OJEDA DÁVILA, L.; RODRÍGUEZ, L.; TZUTZUQUI HEREDIA (comps.), *Pueblos indígenas, memorias y archivos. Itinerarios de investigación antropológicos e históricos desde México y Argentina*. Morelia, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo y Universidad Nacional de Quilmes, 2020. pp. 115-144.

SAID, E. *Orientalismo*. Barcelona: De Bolsillo, 2007.

SARMIENTO, D. F. *Facundo, o Civilización y Barbarie en las pampas argentinas*. Buenos Aires: Cátedra, 2005 [1845].

SARMIENTO, D. F. *Obras de D. F. Sarmiento. Tomo XX: Discursos parlamentarios (Vol. III)*. Editor: A. Belin Sarmiento, 1914.

SOLDANO, F. El Dique del Neuquén. *La Ingeniería*. Año XXV – I. 10-19. Buenos Aires: Centro Nacional de Ingenieros, 1921.


SOLDANO, F. *La irrigación en la Argentina*. Buenos Aires: G. Kraft, 1910.

VAN DER SPECK, K. *The Modern neighbors of Tutankhamun*. Cairo: The American University in Cairo Press, 2012.

VERGARA CIORDIA, J. El sentido del saber en la Escolástica medieval. *Espacio, tiempo y forma*. Serie III, 13: 421-434, 2000.

VOLPI, C. “Explotación de obras de irrigación”. *La Ingeniería*, XXV (1): 417-420. Buenos Aires: CNI, 1921.

WHITE, H. *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.



WHITE, H. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE, 1992.

WITTFOGEL, K. *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*. Yale: Yale University Press, 1957.